



Acta Comportamentalia: Revista Latina de
Análisis de Comportamiento
ISSN: 0188-8145
eribes@uv.mx
Universidad Veracruzana
México

Alcaraz Romero, Víctor Manuel
REIFICACIONES Y METÁFORAS. LAS REFERENCIAS A LO MENTAL.
Acta Comportamentalia: Revista Latina de Análisis de Comportamiento, vol. 12, núm. 3, 2004, pp. 97-
106
Universidad Veracruzana
Veracruz, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=274525897007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Reificaciones y metáforas. Las referencias a lo mental.

(Reifications and metaphors. The references to the mind.)

Víctor Manuel Alcaraz Romero(*)

Universidad de Guadalajara

Universidad Veracruzana

El análisis que se ha hecho del lenguaje en diversas épocas muestra cómo las palabras han sido tomadas de diferentes maneras. Se les ha distinguido, como es el caso en Aristóteles de la emisiones sonoras realizadas por los animales, las cuales, tienen como característica el ser indivisibles y no combinables a la vez que son manifestaciones de las causas que las provocan, mientras que el lenguaje humano está compuesto por elementos divisibles que se forman a partir de otros de naturaleza indivisible, es decir, el lenguaje humano es producto de una combinatoria que permite formar los nombres y los símbolos (Aristóteles en la *Política* y en la *Poética* ambas en Ed. de 1996). Tal combinatoria es entonces de naturaleza convencional y gracias a ella las palabras adquieren significado al dotárselas de la posibilidad de referirse a otra cosa.

Ahora bien, ¿cómo llegan las palabras a hacer las referencias?. El maestro de Aristóteles, Platón, discutía sobre el origen del lenguaje y planteaba que las palabras podrían haber surgido como íconos de las cosas referidas o bien su significado serles atribuido por una convención. En el Cratilo (Platón, *Cratylus*. Ed. 1996) esa discusión se centra en el problema de si los nombres se refieren correctamente a la cosa nombrada. Si son icónicos de las cosas hay una relación natural entre un objeto y su nombre, mientras que si son convencionales es asunto del acuerdo establecido entre los hombres si la referencia que hacen es la apropiada. Empero, ambas teorías presentan problemas debido a que si los nombres fueran icónicos, tendrían que ser una copia exacta de la cosa referida para poder, a través de ellos, alcanzar el conocimiento del mundo, pero por otro lado, si son convencionales resultarían totalmente intercambiables, o sea, una

(*) Correspondencia con el autor, correo electrónico: vmar13@prodigy.net.mx

cosa puede ser referida por no importa que palabra, lo que hace a la referencia asunto de decisión a fin de cuentas personal, convirtiéndose en algo que dejaría de servir a la comunicación. Los sofistas llegaron a esa conclusión cuando señalaron la diferencia que había entre el objeto y la palabra que lo nombría. La afirmación de Gorgias es sumamente tajante al respecto cuando dice: "Del mismo modo que la vista no conoce los sonidos, así tampoco el oído no escucha los colores, sino los sonidos, y quien habla pronuncia, pero no pronuncia ni color, ni objeto" (Gorgias, Ed. de 1980). Los sofistas salieron del paso planteando una afirmación completamente moderna. Los nombres que reciben las cosas son totalmente arbitrarios, no hay que buscar en la relación que tienen con los objetos designados algo distinto a la convencionalidad (Unterstener, 1954).

Platón (op. cit.) pretendió resolver el problema haciendo al lenguaje un instrumento para el conocimiento al servir para separar los diversos objetos que constituyen la realidad a partir de reunirlos en categorías. Ese instrumento está formado por diversas partes, o sea por los elementos divisibles a los que después se refirió Aristóteles. De esta manera, así como un carpintero puede ensamblar un objeto de muy diferentes maneras, así también los diversos lenguajes forman las palabras combinando de distintas formas sus elementos. Esa combinatoria de naturaleza diversa permite que siempre se tome como referente a lo que es esencial en cada uno de los particulares, o sea su género, o su forma, la idea que se tiene de un objeto. Al plantear la idea del objeto, Platón, recurre a un símil que parece haberle sido ofrecido por la escritura. En el diálogo del Fedro (Platón, *Faedrus*, Ed. de 1996), el dios Tot regaló al soberano de Tebas los signos del alfabeto, los cuales eran una "medicina" para la memoria, pero el soberano muestra resistencias para aceptar el don que se le hace, pues supone que la escritura servirá para efectos contrarios a los que el dios menciona, o sea, los signos escritos harán inservible a la memoria. El peligro que la escritura podrá acarrear es que los hombres ya no recuerden a las cosas por una actividad realizada por ellos mismos, sino a partir de signos externos y de acuerdo a Platón, los signos verdaderos, en los que hay que confiar son aquellos que se han grabado en la memoria, representada con la metáfora que alude a la impresión que las cosas dejan en nosotros de "la misma manera que un sello deja su marca sobre la cera" (Platón, *Theatetus*, Ed. 1996). Los fisiólogos, por cierto, durante un tiempo no se hallaron muy alejados de la concepción platónica, pues afanosamente buscaron el engrama, es decir la huella que las experiencias sensoriales dejaban en el cerebro. No fue sino hasta que se elaboró el concepto de circuito nervioso que esa suposición de una huella impresa sobre las neuronas, vino a abandonarse.

Pero si volvemos a Platón nos encontramos que la captación de ciertas formas de los objetos, los cuales, pudieran tener rasgos diferentes entre si, aunque manteniendo formas similares -de ahí que dichos rasgos fueran considerados como meros accidentes- vino a convertirse, de ser una mera actividad sensorial, en un proceso dinámico realizado

a partir de lo que sería el lenguaje escrito o grabado en una nueva entidad, el alma, el lugar donde se asienta la memoria. Como lo veremos después, el término alma sufrió a lo largo de su historia diversos cambios de significado, producto de sucesivas reificaciones que fueron dándole, a términos en un principio descriptivos, el papel de ser referencias a entidades. La palabra alma, descriptiva de una condición de los seres vivos, adquirió vida propia y el sentido descriptivo de la palabra original fue desplazado, transformándola en un deictico de un ente cuya creación no se pensó que era el resultado, para decirlo en términos witgesteinianos, de un nuevo juego de lenguaje (Wittgenstein, 1985).

Al llegar a ese momento reificatorio, Platón (op. cit) señaló que las palabras escritas en algún material exterior carecen de vida, son las copias inertes de las palabras escritas en el alma, en la que se lleva a cabo una tarea selectiva y organizativa que permite formular juicios sobre lo verdadero y lo falso.

A partir de una metáfora, la de la escritura que la realidad inscribe en el alma, se hipostasia la actividad de recepción de estímulos y de discriminación de los mismos. Se da realidad al símil. Ahora las palabras dejan de ser las pronunciaciones externas, sea icónicas, como las onomatopeyas, o bien convencionales, armadas a la manera socrática con materiales idénticos pero en diferentes formas para dar cuenta de los distintos lenguajes (Platón, Cratilo, ed. cit.). De la expresión hablada se pasa entonces a la reflexión pensada.

El camino para la elaboración platónica había sido preparado previamente. Recuérdese que la distinción entre animado e inanimado primeramente se hizo sobre la base de la existencia o de la ausencia de respiración. Pneuma o hálito, aleteo de una mariposa que llevó finalmente al término de psique y de psiquismo.

El proceso reificatorio que condujo a darle al pneuma una entidad, a convertirlo en el alma, tuvo varios caminos. En la antigüedad clásica se conformó sobre la base de designaciones diferentes que se hicieron a estados perturbados por la acción de las drogas o por la exaltación que ocurría en ciertas ritos, particularmente los que se llevaban a cabo en los misterios dionisiacos (Rhode, 1948). Palabras como entusiasmo o endemoniado, por ejemplo, hablan de la entrada al cuerpo de un entidad externa, entidades con carácter divino que con el advenimiento del cristianismo adquirieron una calificación malévola. Esas entidades transformaban el comportamiento y por un símil con la modificación que la pérdida de la respiración hacia en el ser vivo, o sea la pérdida de su animación, hizo que el término animado o la referencia a la capacidad de un ser vivo de realizar por si mismo movimientos, se convirtiera en una entidad dadora de vida: el alma. Como ya lo dijimos previamente, el término descriptivo de una actividad se convirtió en el nombre de una entidad a la que ahora se le atribuyó el ser la causa de la actividad.

A esa nueva entidad, por cierto, se le agregaron más atribuciones. Ya vimos las

que le adicionó Platón, quien también la hizo el amo de las funciones corporales que en esa forma quedaron a su servicio, utilizando para ello la metáfora del amo que sujetaba a sus esclavos para que le sirvieran.

Simples errores de traducción como el de San Agustín, quien en lugar de traducir *pneuma* por la voz *flatus*, el soplo, el aire que le infundió Dios a Adán para darle vida, empleó el vocablo *spiritus* y de esa manera supuso que con ese soplo no sólo hizo respirar al hombre recién creado, sino que también se le dio sabiduría, la que también de acuerdo a el obispo de Hipona se exhalaba en el soplo de Dios. Recuérdese al respecto como los profetas hebreos recibían un aire de Dios que los llevaba a prever el futuro, a obtener parte de la omnisapiencia divina. Los artistas todavía ahora se sienten inspirados y por ese pueden comprometerse en una obra creativa.

Contribuyeron a la creación del alma, antes de San Agustín, diversas situaciones sociales que sirvieron para transformar el término descriptivo. Ayudaron los estoicos dentro de la tradición de la filosofía griega. Aportó igualmente nuevos elementos al cambio del sentido de dicha palabra el movimiento religioso judeo cristiano (Verbeke, 1945).

En la religión judía los ritos sacrificiales se hacían en el templo como ceremonias llevadas a cabo por una casta sacerdotal. Las clases judías gobernantes llevadas al exilio por los ejércitos babilónicos triunfantes, se encontraron con que en la nueva urbe, en Babilonia, no había lugar para sus ritos sacrificiales pues en los templos de la ciudad sólo podían llevarse a cabo los cultos del estado. De esta manera se vieron obligados a sustituir el sacrificio real por un sacrificio simbólico. El único lugar para ese sacrificio fue el corazón. Ahí tenía lugar el acto contrito que permitía el perdón de los pecados. Una actividad externa pasó a ser una actividad no vista.

En la nueva religión del cristianismo, la rebelión contra la casta sacerdotal expresada muy bien en la escena de Jesucristo expulsando del templo a los mercaderes que vendían los animales que iban a ser después empleados para los sacrificios, muestra además como se estaba planteando un rompimiento con los ritos antiguos y la crítica a los fariseos, llamándoles sepulcros blanqueados (Ver a Mateo en la Biblia, Ed. 1958), hace ver hacia donde se dirigían las nuevas enseñanzas. Los fariseos eran sepulcros blanqueados porque los actos religiosos que llevaban a cabo estaban vacíos. Eran meras formas convencionales que no se referían a una actividad interior. La actividad interior ya había sido prefigurada en el exilio babilónico como el acto sacrificial simbólico de la contrición. El cristianismo ahora le agregó al comportamiento inadecuado, o sea a los actos pecaminosos, un nuevo elemento. Ahora también se pecaba por la intención. Los términos utilizados para referirse al comportamiento abierto empezaron a ampliar su significado para también hacer alusión a los actos encubiertos, los actos que ocurrían en el alma.

La respiración, el pneuma griego, fue convirtiéndose de ese modo en una referencia a algo completamente distinto en la mezcla de tradiciones fariseas y de filosofía griega que hizo San Pablo (Ver las epístolas de San Pablo en op. cit), ayudado posteriormente por el error de traducción de San Agustín. El término descriptivo cambió de sentido, la respiración quedó olvidada, sólo quedó la mención a ella en el acto creativo de Dios, pero ahora en lugar de que ese soplo describiera como la respiración de Dios pasó al muñeco de barro para hacerlo también respirar y de esa manera animarlo para que dejara de ser un cuerpo inerte, pudiendo ahora mantener esa respiración por si mismo, la vida del ser recién creado dependió de la entidad con la cual se le dotó: el alma. En verdad podríamos decir que en el principio fue el Verbo, pues la palabra alma, animación, adquirió vida cuando se le reificó y se convirtió en el nombre de una entidad dadora de vida.

Ahora bien, como ya lo hemos visto, la entidad en la que se convirtió la palabra alma no sólo fue dadora de vida sino también recipiente de sabiduría y encargada de actos deliberativos, de reflexiones y juicios acerca de las impresiones que recibía del mundo exterior. El cuerpo dejó de verse afectado directamente por los estímulos externos recogidos por los órganos de los sentidos. Los receptores sensoriales se convirtieron en canales que llevaban al alma los sucesos del mundo exterior. El cuerpo quedó en segundo lugar movido por el alma. Aristóteles previamente había planteado que las cosas ocasionaban impresiones en el alma, inscribían en ella una escritura, le producían afectaciones. Las afecciones del alma podían expresarse a través de signos vocales que eran representaciones de segunda manera. Es decir, la afección del alma, la impresión psíquica, representa a las cosas de una primera manera, en tanto que las palabras proferidas por los hombres son representaciones de segunda manera, de ahí que las palabras escritas representaran de tercera manera, pues venían a ser una representación de la representación vocal (Ver Aristoteles, *De interpretatione*, Ed. cit. de sus obras).

Del lado de los estoicos vino una contribución más (Ver Puente Ojea, 1974). Ellos no se quedaron sólo en el análisis de las impresiones. Tomaron en cuenta también lo que sucedía en el ser humano cuando sin la presencia de ciertos estímulos, éstos, como diríamos actualmente se rememoraban. Los estoicos entonces empezaron a plantear las fantasías. Las apariciones, los “fantasmas” de seres o de cosas que venían de la memoria. Cuando Menelao pierde a Helena se ve perturbado por su “fantasma” o sea, la recuerda, la remora. El alma actúa sobre esos fantasmas, es movida por ellos. La guerra de Troya podríamos decir que se inicia a partir de esas fantasías, de esos “fantasmas” de Menelao (Ver Esquilo en la tragedia Agamenon, Ed. de 1996). Los estoicos agregan entonces a la actividad del alma, la vida imaginativa. Una actividad rememorativa cuya única expresión comunicativa son las palabras de alguien que recuerda algo. La actividad rememorativa, por otra parte, tiene que producirse en un espacio real. Ese va a ser el

escenario del que habla Ryle (1967) y en el cual quedan montadas las representaciones del mundo y que necesita un espectador, el duende dentro de nuestra cabeza. La filosofía estoica elaborada en condiciones sociales en las que por la caída del imperio de Alejandro, se han perdido los asideros exteriores, da principio al largo camino que lleva a la construcción del mundo interior al cual pueden volverse quienes pierden sus apoyos en el ambiente. Los “fantasmas”, las fantasías comienzan a sustituir a las estimulaciones del tiempo presente (Puente Ojea, op. cit).

Los iconos, los ídolos, las representaciones figurativas del escenario posteriormente adquirieron una mayor vida cuando un nuevo término descriptivo se reificó. En la córnea de nuestros ojos se produce un reflejo. Ahí vemos una pequeña figurita de las cosas. En ese lugar se refleja la imagen de nuestros interlocutores. Para mencionar ese reflejo se empleó una metáfora. El reflejo era como si viésemos empequeñecido a nuestro interlocutor. El lugar del reflejo se denominó la pupila, o la niña del ojo, la figurita de la persona que vemos. En el ojo como en un espejo observamos una imagen. Pero si esas imágenes no sólo se producen en el acto de ver, sino también en el acto de recordar, entonces había que buscarle un sitio en donde todas las imágenes de nuestra experiencia puedan ser guardadas. Un accidente reflectivo de nuestra córnea permitió situar en el interior, en nuestra alma, los actos perceptivos. Dado que los receptores sensoriales sólo era un canal para llevar al alma a las cosas, la impresión de esas cosas sobre el alma creaba una imagen (Sarbin, 1972).

En el teatro que se estaba construyendo con sucesivas reificaciones de términos, con metáforas que perdían su sentido comparativo para adquirir referencia denominativa, empezaron a acumularse personajes y parlamentos, las disquisiciones que el alma hacía sobre la realidad, el lenguaje interno cuya existencia plantearon los estoicos: el “*endiathetos logos*” que era distinto del lenguaje hablado en voz alta (Long, 1971). San Agustín al respecto decía que en nuestro espíritu residían palabras que no pertenecían a ninguna lengua, sólo cuando son proferidas esas palabras inasibles para los otros, manejadas únicamente por nuestro espíritu, adquieren la forma material del idioma que hablamos. Pero esos signos vocales propios de nuestra lengua materna, se hayan subordinados a los contenidos del alma (San Agustín, 1984). Encontramos ya aquí el mentalés que propone Fodor(1987), esa lengua compuesta sólo por proposiciones. La lengua hablada entonces estará constituida por nombres y verbos que se refieren a categorías, a los géneros de las cosas o los géneros de las acciones. Hay entonces palabras categoremáticas, pero hay otras sincategoremáticas, que sólo sirven a la tarea de construcción de las oraciones. En la actualidad hablamos de palabras contenido y palabras función. Pero el hecho de hablar de palabras contenido lleva igualmente a reificaciones. Un ejemplo de estas últimas es el concepto de prototipo que en la Psicología cognoscitiva actual se refiere a que en la actividad conceptualizadora la referencia a una categoría se hace a aquel miembro de la clase general en el que mejor se acumulan

los rasgos distintivos definitorios de la clase en cuestión. Para poner el ejemplo más usual, los individuos de nuestra cultura responden más fácilmente e ejemplares prototípicos de una clase, así, para la clase de los pájaros, el petirrojo es el que permite más fácilmente un acto clasificadorio, mientras que un pingüino acarrea dificultades para considerarlo dentro de la clase de las aves (Rosch, E. y Mervis, C. 1975).

El término alma empezó, entonces, a ser multívoco, refiriéndose tanto a una entidad como a las propiedades que a esa entidad le caracterizaban e igualmente a su forma de actuar.

Cuando Boecio empezó a hacer el estudio de los enunciados del lenguaje planteó que había tres clases de frases: Las escritas, las habladas y las concebidas. Estas últimas forman parte del lenguaje del alma. Dado que el alma tiene un lenguaje especial y ese lenguaje por otra parte es creativo, permite concepciones que antes no existían. Gracias al hecho de que empezó a hacerse énfasis en el aspecto creativo del lenguaje, se hizo cada vez más necesario emplear un nuevo término que permitiera considerar ese tipo de funciones del alma.

Una preocupación que ha estado presente en quienes han tomado como objeto de estudio al hombre es la de distinguirlo de los animales y son precisamente los actos creativos y el lenguaje lo que ha servido a lo largo de los siglos para hacer esa distinción. Recuérdese a Aristóteles cuando decía que el lenguaje de los animales es causado, mientras que el de los hombres es construido, o a los estoicos que señalaban que aun cuando había animales que hablaban como los pericos, su habla no era la expresión de su lenguaje interno (Long, op.cit.). Muchos siglos después, Descartes al distinguir los autómatas animales de la fábrica que componía el cuerpo humano con su conjunto de estructuras semejantes a las máquinas de su tiempo, construido entonces de palancas y partes móviles impulsadas en este caso por los espíritus animales manejados por el alma, señalaba que el lenguaje y en éste, la capacidad de composición que ninguna máquina era capaz de hacer, era lo realmente distintivo del hombre (Descartes. 1996).

El lenguaje es concebido entonces como un instrumento creador. El problema de las construcciones del lenguaje humano es que no se concretan. El habla de Dios es realmente creativa porque cuando expresa algo ese algo adquiere realidad. Si Dios dice hágase la luz, la luz se hace, lo cual el lenguaje del hombre no puede lograr. El lenguaje de Dios es verdadero. El del hombre mentiroso. Sólo sirve para mentir, para nombrar. El acto de mentir, es entonces lo distintivo del hombre. Mentir, por lo tanto tenía ganado el camino, por todo lo que se había dicho antes en relación con el alma, para igualmente reificarse y dar lugar a la entidad mente, el lugar de los actos de mentir (Ver Chomsky, 1981).

La palabra mente empieza así a sustituir al término alma, pues este les pareció inapropiado a la Psicología y a la Filosofía, por sus connotaciones religiosas.

Abandonadas las explicaciones provenientes de la religión, pudo darse paso a nuevas metáforas. Las de las máquinas de la industria incipiente en el siglo XVIII fueron la base de los planteamientos cartesianos sobre el comportamiento del hombre, o sirvieron a la postura radical que verdaderamente hizo completamente a un lado el concepto de alma y que fue sostenida por La Mettrie (Ed. de 1981). Posteriormente, el avance tecnológico o los presupuestos de la física permitieron nuevas metáforas. De este modo tenemos el modelo hidráulico de la Psicología freudiana en que las fuerzas de los impulsos biológicos son detenidas por el actuar de una entidad mediadora, el yo, bajo la vigilancia de los preceptos imbuidos por la sociedad que encuentran una personificación en el Superyo (Freud, 1948). Los términos descriptivos de los procesos de la represión, rápidamente se convirtieron en entidades viventes. Ese uso fue facilitado porque se le dio un nombre al proceso: Ello, yo y superyo. Tal vicio terminológico que no hace referencia explícita a su carácter convencional, plaga la psicología moderna. En ciencia puede llamarse a un fenómeno como se quiera. La física tiene muchos términos que no han perdido su carácter convencional y que no han terminado en reificaciones. Los nombres de muchas partículas, como los de "charm" o "quark" cuyo sentido, en el caso de "charm" es esa característica propia del sexo femenino que le da desde mi punto de vista un especial atractivo, o sea su carácter impredecible, o el significado de "quark", basura, hacen referencia a alguna característica de la partícula que de ese modo ha sido nombrada, sea su impredecibilidad o el que en un principio tuviera que echarse a la basura pues no cabía en los sistemas teóricos vigentes. Empero, ese nombre descriptivo en ningún momento llevó a que se planteara que una cualidad femenina moviera a la partícula en cuestión o que una basura determinara el lugar de la otra partícula.

En psicología, sin embargo, los nuevos términos, sea con usos metafóricos o simplemente con empleos designativos tienden a convertirse en una entidad. Quizá lo anterior se deba a la ideología predominante que nos ciega a ver causas físicas, químicas y biológicas en el actuar humano por temor a caer en el reduccionismo.

De esta manera la metáfora en boga del cerebro como computadora, llevó rápidamente a hablar de un "hardware", una estructura de circuitos y relevos y de un "software", la programación hecha por el hombre que determina el funcionamiento del circuito físico. Pero en el ser humano, o en el animal. ¿quien hace la programación?. Las respuesta inmediata son los procesos mentales. Cuando damos esa respuesta nos olvidamos de cómo llegaron a aparecer los procesos mentales (Gardner, 1996), cómo se construyó la mente. Hacemos a un lado la sucesiva modificación de términos que se emplearon en un principio para a partir de lo conocido dar cuenta de algo desconocido. Oculta la metáfora sólo queda la denominación de algo cuya existencia surgió del lenguaje y no de la observación o de la experimentación. Tarea futura para la psicología es

elaborar nuevos conceptos con usos descriptivos que permitan la formulación de los mecanismos del comportamiento humano, evitando el vicio reificadorio que en la actualidad ha dado lugar a centrar nuestra mirada en el lugar equivocado, no en el organismo viviente, sino en la ficción que creamos sobre él.

REFERENCIAS

- Aristóteles (384-322 ae, Ed. de 1996), *Politics*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica, pp 439—548
- Aristóteles (384-322 ae, Ed. de 1996), *On Poetics*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica, pp 679—699
- Aristoteles (Ed. de 1996), *On Interpretation*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica, pp. 25-36
- Chomsky, N. (1981), *La linguistique cartesienne*, Paris, Seuil
- De la Mettrie J. O. (1709-1751, Ed. de 1981), *L'homme machine*, París, Denoël
- Descartes. R. (1596-1650, Ed. de 1996), *Mediations on first philosophy*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica, pp 295—329
- Esquilo (525-456 ae, Ed. 1982), Agamemnon en *The plays*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica, pp 54-74
- Fodor, J. (1987), *Psychosemantics: The problem of meaning in the philosophy of mind*, Cambridge, Mass., The MIT Press.
- Freud, S. (1948), El yo y el ello, En *Obras completas*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, pp. 233-512
- Gardner, H. (1996), *La nueva ciencia de la mente* Buenos Aires, Paidos
- Gorgias (497-389 ae, Ed. de 1980) *Fragmientos y testimonios*, Madrid, Aguilar. p. 67
- Long. A.A. (1971), *Problems in stoicism*, Londres, The Athlone Press
- Platón ((428-348 ae, Ed. de 1996), *Cratylus*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica, pp 85—114
- Platón (Ed. de 1996). *Faedrus*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica. pp. 115-141
- Platón (Ed. de 1996), *Theatetus*, Chicago, Great books, Encyclopaedia Britannica, 512—550
- Puente Ojea, G. (1974), *El fenómeno estoico en la sociedad antigua*, Madrid, Siglo XXI
- Rosch, E. y Mervis, C. (1975), Family resemblances: studies in the internal structure of categories, *Cognitive Psychology*, 7, 573-605
- Rhode, E. (1948), *Psique. La idea del alma y la inmortalidad entre los griegos*, México, Fondo de Cultura Económica
- Ryle, G. (1967), *El concepto de lo mental*, Buenos Aires, Paidos.
- Sagrada Biblia (Ed. 1958), México, Apostolado de la Buena Prensa
- San Agustín (354-430, Ed. de 1984), *Tratados*, México, SEP.
- Sarbin, T. (1972), Imagining as muted role taking. A historical linguistic analysis, En P. Sheeland (Ed.) *The function and nature of imagery*, Nueva York, Academic Press.
- Unterstener, M. (1954), *The sophist*, Oxford, Basil Blackwell
- Verbeke, G. (1945), *L'évolution de la doctrine du pneuma du stoicisme à Saint Augustin*, París—Lovaina, Bibliothèque de l' Institute de Philosophie.
- Wittgenstein, L. (1985), *Zettel*, México, UNAM.

RESUMEN

En el análisis agustiniano del lenguaje había vocablos categoremáticos y sincategoremáticos. Es decir, ciertas palabras hacían referencias a clases y otras únicamente servían como medios para la construcción de las oraciones. Esta tradición pervive y ahora la Psicolingüística clasifica a las palabras en contenido y función. Por desgracia y por un vicio reificador presente a lo largo de la historia en un buen número de sistemas científicos y filosóficos, las palabras que hacían referencia a algo empezaron a considerarse como íconos de ese algo. Tal vicio reificador y el proporcionarle iconocentrismo a las palabras ha llevado a considerar que nuestro conocimiento lo forman imágenes situadas en un espacio interno, el de nuestra mente. En este trabajo se analiza como el haber cargado a los términos referenciales con contenidos icónicos o el haber confundido sus usos metafóricos, llevó a la creación del mundo de lo mental.

Palabras clave: vocablos categoremáticos, vocablos sincategoremáticos, estructura, función, reificación, íconos, metáforas, mente

ABSTRACT

In the Augustinian analysis of language, there were categorematic and sincategorematic terms. That is to say, certain words referred to classes and others served only as means for the construction of sentences. This tradition remains and now psycholinguistics classifies words into content and function. Unfortunately, and because of a reifying vice that has been present throughout the history in a good number of scientific and philosophical systems, words that referred to something started to be considered as icons for that something. This reifying vice, and attributing icon-like features to words, has resulted in the view that our knowledge is formed by images that are located in an inner space, that of our mind. The present work is an analysis of how loading referential terms with iconic contents, or confusing their metaphorical uses, led to the creation of the realm of the mental.

Key words: categorematic words, sincategorematic words, structure, function, reification, icons, metaphors, mind.